

LA INFANCIA: RECINTO DE LA MEMORIA PARA ATENUAR LA NOSTALGIA EN LA POESÍA DE ANTONIO PÉREZ CARMONA

*Pérez Rangel, Lenín**
Maestría en Literatura Latinoamericana.
Universidad de los Andes. Trujillo
Venezuela

En la vida la nostalgia tiene que ser amor:
tal es su felicidad y su tragedia.
Georg Lukács

RESUMEN

Antonio Pérez Carmona (Escuque, 1933) es sencillamente un desconocido en el panorama de la literatura venezolana contemporánea. El presente trabajo nos adentra en el poemario *De la nostalgia* (1983) en el cual, la infancia se manifiesta como el recinto de la memoria para tratar de apaciguar la nostalgia de los personajes y del yo de la enunciación. La infancia aquí es cálido refugio ante la gelidez de la conciencia de la muerte, sin que haya tiempo de refutar el porqué de la brevedad de esa alberca de ilusiones y despreocupaciones, esta etapa inicial del recorrido humano; superficie memorial sensible a grabar lo doloroso, lo antepuesto a su natural estado de disfrute de las cosas sencillas, de los acontecimiento bellos que nos brindan la naturaleza.

Palabras Clave: Pérez Carmona, literatura, contemporánea, infancia, nostalgia.

ABSTRACT

Antonio Pérez Carmona (Escuque, 1933) is simply an unknown in the area of contemporary Venezuelan literature. This paper takes us to the poem: *De la nostalgia* (1983) (from the *nostalgia*), in which the infancy is manifested as the precinct of the memory to try to pacify the nostalgia of the characters and the self of enunciation. Infancy here is a warm shelter before the gelid of consciousness and death, without having time to refute why the briefness of that pool of illusions and carelessness of that initial stage of human trip, memorial surface sensitive to record the painful which is the opposite to the enjoyment of simple things of those nice events which nature offers.

Key words: Pérez Carmona, literature contemporary, infancy, nostalgia.

*Periodista. Magister de la Maestría en Literatura Latinoamericana del Núcleo Universitario «Rafael Rangel» de la Universidad de Los Andes. Corresponsal de la Agencia Bolivariana de Noticias en el Estado Trujillo. E-mail: leninperezran@hotmail.com
Finalizado: Valera Febrero-2006 / Revisado: Junio 2006 / Aceptado: Agosto 2006

El nombre de Antonio Pérez Carmona (Escuque, 1933) es sencillamente desconocido en el panorama de la literatura venezolana contemporánea, especialmente en los aún llamados círculos literarios, en los que se nota que además de las reiteraciones sobre autores y obras que han sido revisados y vueltos a revisar, también se anda tras la caza de algún solitario caso, que si bien no haya sido felizmente rozado por el ojo del acucioso investigador, pueda resultar en algo provechoso para integrar el espectro de la “novedad” ya sucedida.

Acerca de este escritor, figuras consagradas como Adriano González León, Ramón Palomares u Oscar Guaramato, esbozan apenas filamentos verbales que en nada profundizan su obra, independientemente de que ésta pueda haber sido considerada por los mencionados autores, dentro de los ámbitos del fulgor creativo o de la mediocridad.

Al narrador de *Las hogueras más altas* le basta decir:

Había un amigo mío que se la pasaba viendo extrañas presencias. Las nubes en el cielo de Escuque tomaban múltiples figuras. Si además de eso se leían algunos libros, se contaban historias entre los compañeros y se poseía una fina sensibilidad, todo concluiría en Antonio Pérez Carmona, a quien a mí me gusta llamar Artemio (1997: 7)

Por su parte, su paisano Palomares, suplanta el juicio certero, por la esquivia ofrenda lírica:

Antonio Pérez Carmona lleva con su reciedumbre, la confrontación valiente y obstinada de una existencia sostenida con nobleza y poesía. Su obra corre amplia y diversa en poemas, novelas, ensayos y narraciones breves, en busca de su vecindario: pueblos y gentes de su región agreste y nubosa de Trujillo. Quienes hemos compartido con él aquella inmensa casa de magia infantil –nuestro pueblo– lo reconocemos como uno de sus más puros símbolos. (1999)

Guaramato se atreve a ubicar el intento de Pérez Carmona dentro de una tentativa con rumbo, a la cual parece adjudicarle algunos elementos que la van definiendo:

Los libros de Antonio Pérez Carmona son la reiteración de que el Estado Trujillo es la región real-mágica de Venezuela (...) Perteneciente a la llamada “Escuela de Escuque” Pérez Carmona hace uso de una prosa cautivante para darle plasticidad y transparencia a su pequeño universo flotante entre lo irreal y lo concreto (...) “Hombres y Tierra Mágica” es, sin lugar a dudas, uno de los libros más hermosos y testimoniales lanzados al público desde nuestra olvidada provincia (1982: 117)

Y hasta allí. Ese Pérez Carmona que publicara sus poemas, primero en periódicos de Trujillo, y más adelante en la **Revista Nacional de Cultura**, a finales de la década de los cincuenta; que continuaría conectado con su país a través de ese mismo vínculo impreso cuando residía en Europa, se pierde en el silencio, naufragando más adelante en ese ingenuo combate por hacer llegar su obra desde la provincia hasta la capital, sin ataduras a conciliábulo ni a editoriales, cuando Caracas es el centro rutilante de la poesía, de los grupos autocalificados de renovadores, de las búsquedas colectivas de formas nuevas en la narrativa, la novela.

Entonces, poemas como suyos como *Eterna soledad* (1958) se pierden en los bajeles de lo ignoto, aun cuando en ellos está “por lo menos” el germen de un lenguaje atractivo, de imágenes que se impregnan en la mente y los sentidos:

Sólo los muertos están en la soledad,
tristes y olorosos a polvo,

en medio de un jardín antiguo cubierto
de leyendas.

Sólo ellos están escuchando la amarga
canción del tiempo

mientras en la tierra transcurre amor,
nostalgia, ausencia.

La lluvia nos trae sus rostros dulces y
lejanos,

perdidos en la memoria, en la distancia
de los días,

esos muertos misteriosos que nos
rodean:

muertos afables, hundidos en el silencio
de las cosas.

Estamos en la tierra, estamos en el cielo,
estamos en el tiempo.

Estamos penetrando a cada instante al
reino de los muertos (...)

(1958: 71)

La intención que nos mueve en este diálogo, se centra en intentar abordar algunos rasgos fundamentales de una de sus nueve obras literarias publicadas hasta ahora: el poemario *De la nostalgia* (1983) en el cual, creemos que la infancia es recinto de la memoria para tratar de apaciguar la nostalgia de los personajes y del yo de la enunciación. No obstante, se advertirá que más que nuestros bisoños balbuceos en estos ámbitos, será más importante dar a conocer algunos de estos sepultados versos.

En aquel sentido, vemos que el poeta asigna una influencia predominante a la etapa infantil en el universo del recuerdo, desde donde los actores -iniciados en un proceso de buceo memorial activado por la nostalgia- creen conseguir asirse a escenarios, estímulos y sentimientos vitalizadores, que logran devolverles, momentáneamente, la “alegría de antaño”, con la cual creen tomar fuerzas y abrigar esperanzas, para seguir afrontando el reto de una existencia que los hace permanentes náufragos de sus ilusiones y desdichas.

El poema “Transparencia” nos presenta la soledad del hombre adulto, asfixiado por un medio agresivo, pero que ve en el espejo de la memoria, ese rincón infantil dentro del cual, sólo en ocasiones, es dado dudar de la posibilidad de la felicidad:

En el mediodía exacto de este Bogotá
de invierno

con la soledad que va desde la Plaza
Mayor, donde las palomas aún huelen

el cuerpo de Policarpa Salvarrieta,

veo en un rostro anciano

el espejo que me trae la transparencia
del abuelo.

Hace tantos años y sólo le faltan sus ojos
azules y aquella protuberancia en la

garganta

para ser la imagen y carne de Eleuterio
Carmona.

(...)

Si no fuera por el exilio de aquellos ojos
celestes, le besara en la mejilla,

proclamando con júbilo y honor que
cuarenta años más tarde, hubo la
resurrección del Errante.

(...)

Agradezco al extraño el florecer de mi
infancia.

Agradezco en ese témpano de palomas
y flores tristes, especiales para

sufragios, el renacer de mi primavera
campesina.

Allí estaba el rudo Capitán, ignorante
del mar, con sus fantasías para arrullar

a Laura, y con sus bajeles repletos de
encantos y de mujeres con peinetas de
oro.

Y allí estaba la nostalgia más inmensa
de la tierra cuando me estrechó la mano
para no retornar jamás.

Oh anciano de este mediodía íngrimo
de la Plaza Mayor de Bogotá,

cómo desearía fundir mi boca en tu
frente y dibujarte los ojos azules, para
llevarte a casa de mi madre a
devolverle su alegría de antaño. (1983:
11)

Igualmente en “Aniversarios” se palpa
el declinar de la existencia en el desgaste de

la vida, no sólo por la amalgama de los asuntos que golpean el cuerpo y los huesos, sino por la horrible sensación de que el efímero tránsito va llegando a su final. Valga decir que la primera versión de este poema data de 1963, cuando el autor tenía 30 años de edad. La que presentamos fue publicada 20 años después:

He cumplido tantos años
que cargo siglos sobre mis espaldas.

Me da tristeza recordar estos aniversarios, pues mi corazón en cualquier momento se paralizará como el de aquel robusto caballo que murió el verano pasado.

He cumplido tantos años, que guardo el esplendor y el ocaso de la vida, la nostalgia y la alegría de este efímero tránsito frente al alba y las estrellas.

Sin embargo tengo a Helen y Alix, testimonios melancólicos adheridos como costras milenarias.

Helen, la pequeña adolescente, muerta cuando llegaban los primeros vientos del invierno.

Alix, el amor que siempre me acompaña aún en las soledades infernales.

He cumplido tantos años
que sólo me resta guarecerme en las memorias y en las hebras de la infancia, asistiendo en estos aniversarios a mis propios funerales. (1983: 43)

La infancia aquí es cálido refugio ante la gelidez de la conciencia de la muerte, sin que haya tiempo de refutar el porqué de la brevedad de esa alberca de ilusiones y despreocupaciones, que es la etapa inicial del recorrido humano; etapa que por ser tan clara, tan “pura”, como en los poemas de Eluard, es superficie memorial más sensible a grabar lo doloroso, lo antepuesto a su natural estado de disfrute de las cosas sencillas, de los acontecimiento bellos que nos brindan la naturaleza, los mitos, los cuentos de los mayores, el entusiasmo por lo que vendrá, por lo desconocido, pero

tantas veces palpado en los deseos del pálido.

“Pienso que a través de la nostalgia recuperamos lo perdido en el tiempo a manera de mecanismo para acendrar la memoria. La nostalgia es detonante para que sobrevengan los recuerdos y las vivencias vuelvan a ser ciertas” (2003: 8) ha señalado Luis Javier Hernández, en el único texto hasta hoy dedicado a analizar las distintas vertientes y posibilidades de la obra de ese trujillano: *Antonio Pérez Carmona: Entre los equinoccios del tiempo y las intemporalidades de la palabra*.

En *De la nostalgia* el yo de la enunciación y personajes, vagan en el oleaje del tiempo ido, como inalcanzable reflejo de lo que debió seguir siendo, y cuyo destello se sucede con la amargura, en una pugna y coexistencia cíclica de la nostalgia, la opción de luchar por desterrarla y la conciencia de la imposibilidad de ese destino luminoso.

Por eso, el tratar de conjurar, de exorcizar ese estado de dolor por lo perdido, se convierte de antemano en un vano intento ante la inexpugnable condición del hombre que está atado por siempre frente a la inmensidad de la duda, del tiempo, el espacio, la muerte y los sueños, que no se sabe si son sueños o muertes sucedidas en turbulentas y tramposas repeticiones. No es casual que el único epígrafe que aparece en *De la nostalgia* sea la lapidaria afirmación del canto XXIV de La Iliada: “*Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza*”.

Pero si bien la infancia aparece como posible redentora ante la nostalgia, también lleva implícita su carga dolorosa; quizás como todo, como todos, es portadora de esas dos caras de Jano:

Por eso cuando furiosamente aniquilado por la angustia, me cruzo en un patio

de malabares y jazmines, siento un horrible palpitir hacia los años idos.

Y me pregunto: ¿Dónde estará el plato
decorado con lotos y mujeres
japonesas?

Y escucho el llanto y las palabras de la
niña que hablaban del padre moribundo.

Fue el encuentro inicial con la nostalgia
y el manto de la lluvia.

Ah infancia, maravillosa y encantadora
infancia, únicamente empapada por
esas gotas de vinagre.

Infancia que murió en un viaje
neblinoso, en un camino inmensamente
melancólico.

(1983)

Una vez situada la infancia en
“aquellos días lejanos”, los personajes son
golpeados por la nostalgia que hace constar
que ya ese universo es una especie de paraíso
perdido, el cual sólo de manera muy efímera
los hace sentir el frescor de los buenos
tiempos, pues la angustia persistente está
garantizada por el destino escrito y
reconocido en cada vuelta que da la rueda
del tiempo y de la memoria:

Lejano huésped de mi sangre infantil
que abrías soñadas rutas
en aquel universo de bosques y
fragancias.

Inclinados aún yacemos sobre la
comarca de antaño
poblada de abisinias y lirios de la noche,
donde tú, amado poeta, desterrabas al
demonio.

Cuántas vueltas ha dado la rueda
y en las piedras y el musgo
flotan las notas de un país extraño
que nuestros ojos exiliados no pueden
contemplar.

Oh caballero de ojos aguamarina
que nos sumías en el reino de la lluvia,
con los príncipes de la belleza,

esos que desaparecieron antes de los
treinta años,

como los jardines en flor,

que nos hablabas del viaje sin retorno
de Shelley

para asistir al aniversario de Jhon Keats,

que unías el luto de Novalis, la soledad
de Lautréamont

y la tristeza de los aedas malditos.

Lejano huésped de mi sangre infantil

los poetas se atan en la vida y en la
muerte. (1983: 25)

Hay puntos en los que el día, la tarde
y la noche, son metáforas del alba y el
declinar de la vida, del ir y venir de la sangre,
de la alternativa de seguir existiendo. Ya el
poeta ha puesto estas cartas sobre la mesa,
al abrir su opúsculo de esta forma:

Henos aquí, hermanos del alba y
del ocaso, donde flota el amor y el dolor,
la

luz y el llanto.

Henos aquí, en este tránsito hermoso y
terrible donde la aurora se besa con la

noche para proclamar la historia efímera
del hombre. (1983: 5)

En “El Violinista” hay en la evocación,
el rito necesario para atenuar la nostalgia,
para enterrar el dolor. El violinista, el padre,
hace de sacerdote para marcar el compás y
la ruta de escape ante la tarde anunciadora
de la noche, esa “madrasta de la infancia”:

No sé qué suave mezcla de árboles y
estrellas

flotaba en aquel bosque,

que hoy, como crótalo de infancia

perturba mi memoria.

Desconozco ese paisaje de témpanos y
vocales

navegando a piel de agua,

pero no puedo exiliar el reino de
relámpagos

donde el extraño violinista abría
doradas sendas

para sepultar la tristeza de la tarde.

Aún en este tiempo de horóscopos y
viajes

de lluvias, sonidos y colores,

mis ojos como marchitas pasionarias en
las sienes,

continúan aferrados tras la marcha
nupcial

de ese remoto esplendor de pájaros y
flores. (1983: 23)

También infancia y nostalgia marcan
el tono del lenguaje poético; cautivador en
la instancia del recuerdo infantil o
adolescente, pero turbulento en la
desesperación posterior, ante la ya conocida
cita con la noche, con la oscuridad, con la
soledad y la muerte.

Valga entonces volver a tomar las
palabras de Luis Javier Hernández, extraídas
de su libro sobre Pérez Carmona: “*La
conclusión es el redondel de la intuición*”.
Baste entonces, para “*culminar*”, este
poema:

En el génesis del invierno conocí tu
partida.

Fue en el comienzo de los grandes viajes
nocturnos

cuando las aves eran las portadoras del
tiempo.

Entonces invoqué: tus promesas, tus
besos;

los paseos en el parque bajo el sol de
noviembre,

las largas travesías al fondo de la noche,

los retornos felices a los días de mi
infancia.

A la hora del bosque robaba tu sonrisa

cuando los grandes árboles retaban las
estrellas.

¿Recuerdas? Era el tiempo de nuestra
adolescencia

y estábamos signados de inocentes
presagios.

Ahora la distancia me consume en
historias,

en cartas empolvadas de relatos
antiguos

que suelo contemplar a solas con la
noche. (1983: 39)

Referencias Bibliográficas (*)

HERNÁNDEZ, Luis Javier. *Antonio Pérez Carmona: Entre los equinoccios del tiempo y las intemporalidades de la palabra*. (Inédito). Tomado del original, cedido por el autor.

LUKÁCS, Georg (1975) *El alma y las formas*. Grijalbo. Barcelona.

PÉREZ CARMONA, Antonio (1998). *De la nostalgia*. Multicolor. Valera.

_____ (1997). *Hombres y Tierra Mágica*. Editorial Lithopros. Valera.

Referencias Hemerográficas

PÉREZ CARMONA, Antonio. (1958) En la **Revista Nacional de Cultura** N° 129. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas.